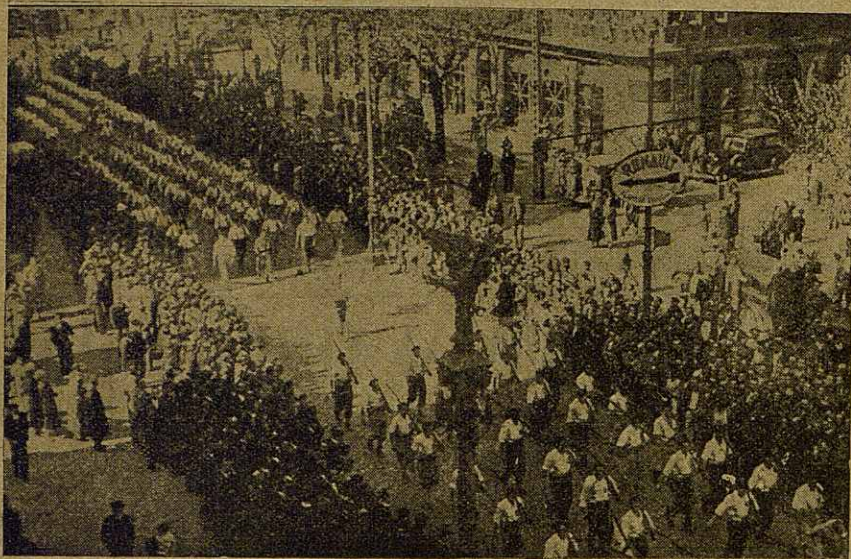


# EUZKADI en CATALUNYA

Año II. - Número 26

Editado por un grupo de refugiados vascos

Barcelona, 5 de junio de 1937



Pueblo de paz el pueblo vasco, sus luchas han sido siempre en defensa de su libertad y de su Derecho.

Así también hoy el «gudari» que ha empuñado el fusil y se ha lanzado a la defensa del suelo patrio, de la libertad vasca, del Derecho de Euzkadi. Dolorida el alma porque no solamente le atacan enemigos seculares, sino también hermanos a los que quisiera traer con raciocinio y con amor al Ideal de la Patria Vasca que lleva clavado en el corazón.

## Euzkadi y su Revolución

Buenos amigos nuestros y algunos que pretenden serlo afirman que el pueblo vasco está haciendo la guerra contra el fascismo internacional con un ímpetu y voluntad admirables.

La guerra, sí; exclaman. El orden, la disciplina y el espíritu combativo en Vasconia son magníficos. Pero, ¿qué hacéis por la revolución?

Hemos entendido siempre que quien no conozca íntimamente el desarrollo de la vida de un pueblo; quien no examine muy a fondo su espíritu y su idiosincrasia, no debe tener la audacia y el atrevimiento de creerse su redentor, y, mucho menos puede hacerse cuando se trata de Euzkadi cuyo hecho diferencial es tan marcadamente opuesto al de otras colectividades.

Estas afirmaciones y estos deseos de dirigirnos, iban bien a aquellos politiquillos de la vieja España, hoy moribunda, que con tal de figurar en las primeras páginas de la prensa madrileña les importaba muy poco hacer cualquier manifestación—por muy descañada que fuese—en torno a problemas que ni remotamente conocían. Poco nos conoce quien haga afirmaciones y preguntas del tipo que hemos apuntado.

Euzkadi hace la guerra hoy y al mismo tiempo empieza a colocar los jalones sobre los cuales ha de edificar su revolución. Que nadie lo dude.

No hará, desde luego, una revolución palabreira llena de percalina y pasquines; de contenido y significación caótica y callejera. ¡Eso no!

Nosotros no hemos de consentir que se imponga una revolución partidista y sectaria.

Entendemos que es un absurdo y una blasfemia proletaria el pretender que el auténtico revolucionario ha de estar encarnado, precisamente, en aquel que más aficiones tiene al abandono de su indumentaria personal.

Crispan los nervios cuando observamos que hay quien quiere desplazar de la canalización revolucionaria a esos abnegados trabajadores, auténticos representantes de la clase más explotada, a quienes se ha dado en llamar pequeña burguesía.

La revolución vasca no ha de ser, no consentiremos que sea, una revolución al dictado de cuatro facinerosos sin preparación ni conciencia proletaria alguna.

No queremos destruir por destruir. No hemos de matar por matar. Quede eso para los revolucionarios de Falange o para aquellos que gustan de imitarlos.

Son ellos los que aplican el título de superrevolucionarios a aquellos desgraciados que con mayor repetición han hecho funcionar el gatillo de sus pistolas en la cobarde obscuridad de las noches de retaguardia.

Hoy los vascos hemos aprendido a hacer la guerra con aquel orden, disciplina y combatividad que los momentos han exigido.

Las actividades políticas y sindicales de la expresión antifascista de nuestro pueblo en el día de hoy, no tienen, ni pueden tener más que un sólo pensamiento, una sola voluntad: vencer a la canalla blanca internacional. Pero Euzkadi con la guerra está comenzando a hacer su revolución. Esta es nuestra verdad, como también lo es esta otra: quien no hace la guerra hoy en Iberia contra el invasor, quien la impide, quien la sabotea, ese no es un revolucionario, por muchos pañuelos que cruce a su cuello. Por el contrario, ese será siempre nuestro enemigo ya que es el mejor colaborador de las huestes de Franco y de sus secuaces internacionales.

La transformación rápida de aquel sistema político, económico y social que hemos padecido, requiere, en principio, hacer la guerra y vencer a quienes la provocaron.

La transformación que nosotros hemos comenzado lleva ya desde ahora una significación constructiva. Y, por lo tanto, al desmontar las piezas del viejo armazón económico y social que nos ahogaba, estudiamos la selección de materiales que el sentido de una economía dirigida nos obliga a considerar como aprovechables para la nueva estructuración que, en orden a una justicia social, hemos de imponer.

Se equivocan todos cuantos hayan creído que el esfuerzo heroico de los «gudaris» (soldados) de la Euzkadi antifascista no va a servir para otra cosa más que para llorar a los hermanos que cayeron.

La Euzkadi nuestra, la Euzkadi laboriosa no lucha para que una vez terminada la guerra, siga sudando en favor de los potentes Consejos bancarios o navieros.

No. Euzkadi hará su revolución. Una revolución de sentido nacional, constructiva, en aras del bienestar económico y social de sus hijos y a fin de hacer coincidir el progreso de su vida a la de los demás pueblos.

LARRAIZ

Si los meses cruentos y desgarradores que llevamos de guerra encierran una atecionadora experiencia, puede esta sintetizarse así:

Lo primero es ganar la guerra y para ello se precisa ineludiblemente un ejército regular, servicio militar obligatorio, mando único y disciplina de hierro.

## ¿Queremos ganar la guerra? ¡Pues hagámosla!

I

Con este nombre genérico me propongo escribir una serie de artículos. Al escribir «me propongo» no quiero decir que lo haga. Hay, como decía Shakespeare, «muchas cosas entre el cielo y la tierra de las que nuestra filosofía puede ver». ¿Entendido? ¡Al grano!

Para realizar, ahondando, profundizando, introduciendo hasta las más íntimas esencias el escalpelo pensante, hay que ponerse previamente de acuerdo con los lectores en cuanto al léxico.

Entiendo, —es esencial para un paralelismo entre el estado de conciencia entre el lector y quien esto redacta—, que el hombre, no el ente de ficción que las utopías e ideologías exaltadas describen cada una a su peculiar concepto, sino el hombre concreto de carne y hueso, de nervios y sangre, de sentimientos excelsos y de egoísmos nefandos, sigue siendo la misma bestia feroz que era en la época paleolítica, sin que debamos ofuscarnos porque el barniz cultural y civilizado no encubra más que una mera superficie epidérmica, que desaparece cuando las convulsiones pasionales dejan sus eternos instintos en su triste desnudez.

Partamos pues de esta base, que justifican los hechos actuales, que no han sido superados, en su dramatismo humano, en ninguna anterior.

Despreciamos las sensibleras exclamaciones —tan inducentes al error filosófico— de querer interpretar nuestros más bellos ensueños de tipo humanista (utópicos) por realidades.

Esta sola palabra: «guerra», para un espíritu analítico y serenamente deductivo, expresa de por sí la negación de cuanto utópico vinculamos, erróneamente, en el concepto humanidad, como sinónimo de civilización, en su sentido más acendrado.

También (y ello es tan lógicamente necesario que su omisión nos llevaría a un divorcio abismal con cuantos nos lean, a nada que estén falsamente imbuidos de ideologías pacifistas, quiero decir de tiempos de paz), diputo menester discriminar perfectamente el sentido histórico de los acontecimientos que vivimos.

Por causas diversas —pereza mental, incapacidad, negligencia, ineptitud, acomodamiento al medio ambiente, mimetismo y halago— se vienen, al juzgar nuestra guerra, confundiendo lamentablemente, y con notorio desdibujamiento de la verdad histórica objetiva, conceptos e ideas netamente contradictorios.

Hav en los hombres una tendencia fatal —¡y nefasta!— que les impulsa al menor esfuerzo posible. A producir extensamente en detrimento de la intensidad. Propendemos a cumplir sin fatiga, sin sudores, sin ladeos mentales. Y con ligadamente anhelamos belleza de frase y de estilo. La tarea fácil elocuente, seduce más, al creador y a quien en ella se recrea que la que se consigue honradamente con el trabajo penoso que sim-

(Pasa a cuarta plana)

## Frontón Principal Palace

Grandes partidos de pelota a cesta, por los mejores jugadores de la especialidad.

Funciones diarias a las cuatro de la tarde, y los jueves, sábados y domingos, nocturnas a las diez en punto de la noche.



Llegan a los puertos franceses, los primeros niños evacuados. Sus labios se hallan carentes de la eterna sonrisa de los rostros infantiles. Ojos y caras tristes a pesar de contemplar las abundantes raciones de pan que tienen ante sí. Allí no les perseguirán más los aviones asesinos de alemanes e italianos; pero han dejado tras de sí el calor de los suyos y ¡quién sabe si también han quedado para siempre enterrados entre los escombros de los pueblos y ciudades destruidos por la canalla fascista, otros seres queridos a quienes ya no volverán a ver más!

## Gesto y voz de León Felipe

Estamos en una sala de la Alianza de Intelectuales Tranquilidad. Bastante sosiego. Quizás demasiado, ante el bullicio de la calle. De esa calle maldicienda por los usurpadores de la fortuna popular. Pero la belleza de la sala —magnífica— no nos recuerda eso solo. Sobre nuestra imaginación se presentan las ruinas doloridas de aquel palacio de arte, que se llamó de Liria. Y que era nuestro, custodiado con nuestra sangre y nuestros ojos despiertos. Y ahora, roto, quemado por las bombas enemigas.

Contraste. Tremendo contraste. Ellos aman el dominio y la expoliación. Nosotros amamos —y luchamos por conseguirlo— la igualdad y la cultura.

Ellos incendian los recuerdos culturales. Nosotros, los salvaguardamos. Por eso, es sincera esta sala de la Alianza de Intelectuales. También, agradable. Amigos y poetas, allí están. Y diviso una figura que conozco por la fotografía. Sí, no hay duda. Es él. ¿Quién? León Felipe, un poeta de verdad.

Y está aquí, con nosotros. Lo saludo. Y hablamos de nuestra guerra. De esta cierta hora de la verdad, que nos acucia y nos empuja con su enorme fuerza histórica. León Felipe me refiere —sin orgullo— su gesto. Noble. Honrado. Estaba en Panamá, de lector de español en la Universidad de la capital panameña. El sol era acariciante. La luz, subida de fuerza óptica. El recuerdo de aquellas tardes suaves, con placeres forzados, no despierta más que una cosa: el amor a España. Y hélo aquí, con nosotros. A través del Océano Atlántico pondría una carretera para llegar antes. Por fin, nuestro suelo. Allí quedó la comodidad y el placer; en nuestros campos y en nuestras costas, están la guerra y los bombardeos. El poeta no estimaría nada de sí mismo, si no aceptase el cierto poema de su tierra. León Felipe se encuentra en su España. Y el gesto lo define. Amplio gesto de hombre vivo y revolucionario. Gesto noble, honrado, viril.

Madrid sufre —ya hace varios meses— los estúpidos bombardeos de carcajadas fascistas, indiferentes a todo lo que signifique humanidad. El humanismo nuevo es risa. Ellos se ríen. Y bombardean a voleo. Pero pronto se helarán sus brutales risas. Miles y miles de ciudadanos, maldicen ese escarnio humano.

Yo, en mi más íntimo sentir, he repudiado la regresión capitalista. Por eso, he dejado expansionarse a mi voz con la palabra y el verso. Construir es bello y honroso. Nuestra guerra es símbolo de ello. Queremos edificar nuestra sociedad, libre y popular. Con un profundo sentido revolucionario. Desterrando todo lo añejo y abriendo cauces sociales al pueblo organizado y trabajador.

León Felipe me muestra sus últimas poesías. Preñadas de valor consciente de poeta. Revolucionario en su gesto, lo tiene que ser en su voz. Y es así. Un hondo espíritu no puede callarse. Ha venido a eso: a hablar y a luchar. Para estar en silencio vergonzoso —como otros literatos y poetas— mejor clima resultaba el cálido y tranquilo Panamá.

Y no. León Felipe siente el bullir proletario. Sus penas y sus dolores. Y sus alegrías ante la futura sociedad ibérica. Yo he querido que España conozca su impresión de Madrid, y aquí tenéis su voz clara y fuerte. Yo uno mi acento al suyo, porque ya llevo tiempo luchando por una España libre porque sueño en un mundo sano y culto, donde sean símbolos permanentes, el Trabajo y la Cultura.

Jacinto Luis GUERENA

Madrid, Mayo, 1937.